

El nuevo mundo de las posibilidades

Yaniris N. Colón Rivera

La voz de Elvis Presley, en conjunto con la guitarra eléctrica de la canción, causaba una presencia inolvidable en el salón. “Hound dog” tenía la particularidad de siempre provocar un ambiente animado y energético entre los presentes.

Aún hoy día soy capaz de evocar la imagen de los altercados que surgían cada vez que acababa una canción. Disputándose a quién le correspondía colocar la siguiente pieza musical en la gran rocola iluminada que daba la bienvenida a todo el que entra.

El sonido de las monedas cayendo dentro de la rocola establecía el inicio de la próxima canción. Nuevamente, sonó Elvis Presley, pero esta vez con “Jailhouse Rock”. En su época este cantante era muy popular. Al igual que lo era el “Retro Diner Shake”, solía ser uno de los lugares más frecuentados en la ciudad, especialmente durante los fines de semana.

Siempre hubo un ambiente lleno de energía y solía ser muy bullicioso. Muchas veces quedaban sin asientos disponibles, no había espacio en los muebles ni en los asientos giratorios color rojo brillante. Pero no era un suceso que causaba que la gente se fuera del lugar, sino de quedarse a bailar sobre el suelo de cuadros blancos y negros. Parecía un tablero de ajedrez, donde las figuras se movían estratégicamente sobre ellas, pero en esta situación las figuras bailaban con la astucia de, en la mayoría de los casos, atrapar la mirada de sus amantes secretos.

Provocaba satisfacción visual la armonía de colores y la decoración del lugar. Los letreros antiguos de “Coca Cola” y las fotos de los famosos de la época creaban un ambiente acogedor.

Los estudiantes próximos a graduarse de la escuela llenaban el lugar de conversaciones, risas y bailes. No existía preocupación alguna ni tristeza devastadora.

El olor reconfortante de la comida llenaba el salón, puesto que constantemente estaba el personal, corriendo en patines, llevando los platos de hamburguesas, papas fritas o malteadas. Solía maravillarme por su agilidad de moverse sobre ruedas entre la marea de gente bailando.

Sin embargo y sin lugar a dudas, mi cosa preferida de esos tiempos eran las faldas con patrones y colores vibrantes. Mi favorita era la rosada con puntos blancos, pero tenía un sin número de ellas, y me encantaba la capacidad de movilidad que me producía y el vaivén de la falda misma cuando bailaba al son de las canciones de “rock & roll”.

Aún así, había ciertos días en que prefería sentarme en uno de los asientos rojizos y ver a la gente convivir. Una malteada de vainilla junto a las conversaciones con las amistades eran simplemente la combinación perfecta.

Todo siempre transcurría de la misma manera y nunca esperé nada más. Hasta que la ví, nadie la conocía, nadie sabía nada sobre ella, pero en el mismo momento en que la vi entrar por aquella puerta supe enseguida que mi vida no iba a ser la misma.

Durante esa noche no logré despegar la mirada sobre ella, pasó toda la noche entregada al baile y al canto. Sin lugar a dudas fue la persona que más resaltó aquella noche, y durante todas las demás.

Anteriormente me quejaba cuando mis amigas hablaban con una ensoñación constante sobre los hombres que les gustaban. Pensaba que eran muy exageradas, ya que jamás había sentido algo así. Hasta aquella noche que ella apareció.

Pasaba día y noche esperando volver a verla. La buscaba con la mirada cuando hacía acto de presencia en el “Retro Diner Shake”. No fue hasta la tercera noche cuando se percató de mi existencia. Cuando nuestras miradas se conectaron recuerdo que mi corazón hizo un movimiento extraño y no sabía lo que sucedía conmigo en ese momento.

Mientras las noches pasaban nuestras conexiones de miradas se hacían más frecuentes, hasta que, de forma inesperada, se acercó a hablarme. Ahora me pregunto, ¿qué hubiese pasado si nos hubiésemos

quedado en el mundo de las miradas? ¿Hubiese sido más conveniente simplemente soñar en lo imposible?

Pero no fue así, nuestra relación trascendió, comenzamos a conocernos cada vez más. Desde afuera de nuestra burbuja podría parecer una simple amistad, pero ambas sabíamos que había mucho más, era algo diferente.

Ese lugar donde la vi por primera vez se convirtió en nuestro lugar de encuentro. Solíamos colocar música en la rocola, bailábamos y cantábamos. Recuerdo, nostálgicamente, que en ocasiones intercambiábamos notas, o a veces cartas, con la finalidad de expresar lo que sentíamos abiertamente. Éramos muy felices, pero nadie nos había advertido de las consecuencias que conllevaba la extrema felicidad.

Durante esa época, era considerado en sociedad una aberración total lo que son las relaciones entre dos mujeres. Así que, decidimos mantener nuestra relación en secreto. Al inicio funcionaba, no nos importaba nada ni nadie más, hasta que veíamos a las demás parejas mostrar su amor en público, mientras que nosotras debíamos conformarnos con las notas y las cartas.

A veces me preguntaba si nosotras éramos el problema, si había un desperfecto en nosotras, así como sucedía con la rocola cuando no funcionaba

Ahora sé que el mayor error cometido fue el guardar las cartas, ya que fue lo que ocasionó nuestra mayor perdición.

Mi familia las halló, lo vieron totalmente inaceptable y recorrieron a reunirse con la familia de ella. Todo resultó en que su familia decidió que se iban a mudar al otro extremo del país, solo con el propósito de alejarnos.

Jamás la he vuelto a ver y me vi obligada a esconder todo rastro de amor por ella o cualquier pista sobre mi homosexualidad. Tuve que casarme con un hombre que no conocía ni amaba. Pasé mi vida entera al

lado de la persona que mis padres escogieron. Teniendo que vivir una vida miserable, sin ni siquiera volver a saber nada sobre ella.

Durante mis casi noventa años he estado guardando las notas de amor que ella me dejaba en todas aquellas noches de encuentro.

—Pero abuela, ¿es por eso que estamos aquí? — preguntó uno de mis bisnietos. Solían ser niños muy curiosos. Se suponía que hoy vendría sola al lugar, ahora abandonado, de lo que un día fue el lugar más animado de la ciudad. Pero me pidieron contarles una historia secreta.

—Así es. Podía haber escogido simplemente no contarles esto, pero decidí hacerlo para que entiendan que en el mundo existen todo tipo de personas. Existen aquellos que se enamoran de alguien del sexo diferente, pero hay otros que, cuyo amor de su vida, son personas de su mismo sexo, y eso está perfectamente bien. Es importante saber que cualquier relación debe estar basada en el respeto y en el amor. Por lo que no importa el sexo de la persona, lo que verdaderamente importa es que todos tenemos el derecho de amar a quiénes querrámos y a vivir con libertad. Me enamoré durante toda mi vida de una chica, yo siendo una chica. Creí que había un fallo en mí, pero nunca lo hubo, simplemente ocurrió el amor. Sin embargo, no pude hacer nada para arreglar la situación, y ahora solo me quedan estas cartas y los restos del lugar donde fui feliz, en el que fui yo misma. En aquel lugar donde estábamos sentadas en estas mismas sillas de plástico, tomando malteadas, escuchando “rock and roll”, y los patines del personal resonando por aquel suelo blanco y negro.

Con lágrimas en los ojos, solo me queda observar la nota más importante que me dejó: “Te prometo que vamos a encontrarnos dos veces al año en este mismo lugar, en nuestros cumpleaños”.

Justo en ese momento vuelve a sonar la voz de Elvis Presley en la rocola que, aparentemente, ya no funciona, pero siempre encuentra la manera de hacerse notar. Como ha ocurrido siempre, cada año, desde ese primer cumpleaños después de que nos hubiesen obligado a separarnos.